

El escritor Luis Durand

por MARINO MUÑOZ LAGO

Nuestra literatura se alimenta sabidablemente de la condición del paisaje nacional, aquel que rodea el rumor de las ciudades y hace más hermosa la actividad del hombre. Chile se presta a tal proceso con la variedad de su larga geografía, que lo hace atravesar regiones y climas diversos de cambiantes fisonomías, donde el habitante guarda sus propias costumbres dentro de moldes que vienen de viejos tiempos.

Hacia el norte, el país entrega a los ojos su escena mineral que se traduce en extensas pampas desoladas, donde la arena y la piedra vibran a ser los secretos de un gris torroso desprovisto de ríos y de árboles. El desierto es una vasta ecunción de la distancia; sólo el viento desentraña sus misterios en peregrinaje sin destino.

Caminando hacia el sur, todo va cambiando pausada y sabiamente. El verde de la agricultura se hace presente en los valles gentílicos, donde cantan los ríos y los pájaros. Antes que la geografía se destruya y comiencen las olas sus danzas oceánicas, el territorio conserva el semblante de sus bosques y alamedas. Chiloé y Magallanes, que ocupan la parte más meridional de la república, encierran otros himnos de nieve y soledades.

La porción agrícola de Chile se basa en su valle central y en sus centros sureños que nos hablan de huasos y ramolendas, trillas y vendimias, polvo de los veranos y luvias que arrollan en los inviernos. Sólo un gran y poderoso elemento se mantiene inalterable en esta sucesión de parajes sin término: la cordillera de los Andes. La madre pétrea de Chile exhibe la hermosura de sus volcanes con los blancos tesoros de sus cimas.

Abajo, hacia el mar, el campo extiende la fortuna de sus tierras que el hombre culta con fervor evangélico. Aquí crecen los horarios y las siembras y cosechas obedecen a un mandato natural que rota como una vieja rueda. Aquí se comprende la dura y dulce pasión de los campesinos, seres abiertos y amables que escriben también la historia de la patria. Y para ello están sus escritores y poetas que acuden a su llamado.

Luis Durand fue un hombre de estas tierras del sur. Nació en el corazón de la provincia de Malleco, en una pequeña ciudad llamada Traiguén, en 1896. Era hijo de gentes de campo, de habitantes sublimes de la gloriola, acostumbrados a los amaneceres con estre-

chas para ordenar las vacadas y trazar el rumbo en la labor de todos los días. Sus años de niño debe haberlos andado junto al galope de los caballos, el vuelo de los insectos y el rumor del río que pasa bajo los puentes de madera.

Estudiante de una escuela agrícola, siguió fiel a sus preceptos y a sus preferencias de muchacho. Más tarde administró fundos ajenos. En estos menesteres fue adquiriendo esa fresca sabiduría campesina en el hablar y en el hacer. Palabras y dichos se fueron incorporando a su vocabulario que se enriqueció notoriamente con las primeras lecturas de obras universales. Mientras de día inspeccionaba campos y siembras, por las noches abría las páginas de los libros. Y desde entonces, soñó con ser escritor, para trasladar al papel toda esa riqueza humana y palpitante que es el agro nuestro.

Sus primeros cuentos fueron llamando la atención de la crítica santiaguina. Aparecía en la literatura nacional una voz nueva, alguien que hablaba en distinto lenguaje. La espontaneidad y el frescor crecían en sus páginas iniciales, que lo incorporaron de inmediato al círculo agrario de nuestra narrativa. Más natural y campesino que Mariano Latorre, enseñó que no habían sido en vano sus cordiales experiencias campesinas. En sus relatos andaba el aliento de la tierra que lo creó, la dimensión de sus bosques, el drama de sus habitantes y la dulzura de la esperanza.

Así fueron apareciendo sus libros: Cuentos y novelas que acrecentaron su nombre y el vigor de sus tranquilos episodios. "Tierra de peñinos", "Campesinos", "Cielos del sur", "Mercedes Uribe", "Piedra que rueda", "Mi amigo Pido", "Casa de la infancia", "La noche en el camino" y "Frontera", son algunos de esos tomos que Luis Durand dejara para la gloria de su nombre. Por ellos corre la lluvia y el trigo de la patria, el territorio de la madera y la manzana, el lar donde maduran el sol y el vino.

Las generaciones de hoy debían conocer más de cerca al escritor Luis Durand, nutrido de su obra sencilla y esplendorosa. Ahí está el sabor de nuestros campos, la lengua legendaria de los antepasados y el divino secreto de la labor diaria, que nos trae este escritor del sur fallecido en Santiago un 11 de octubre de 1954, hace veinticinco años.

La Prensa Austral, Punta Arenas, 9-X-1979 p. 3. 670465

El escritor Luis Durand [artículo] Marino Muñoz Lagos

Libros y documentos

AUTORÍA

Muñoz Lagos, Marino, 1925-2017

FECHA DE PUBLICACIÓN

1979

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El escritor Luis Durand [artículo] Marino Muñoz Lagos

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile